

LA NATURALEZA Y EL NATURALISMO EN LA ILUSTRACION Y EN LAS FABULAS DE SAMANIEGO

ALFREDO AMESTOY EGUIGUREN

Mientras se revisa, una vez más, el sentido de los grandes conceptos que han marcado el devenir del pensamiento y de la acción después de la Revolución Francesa: la cultura, el progreso y la civilización, se entra en la posmodernidad y el estructuralismo o la decostrucción, Barthes y Derrida, no encuentran más recurso o soporte moral que la naturaleza.

La naturaleza vuelve a ser el mismo refugio que lo fue durante la Ilustración para encontrar una norma, fácil de consensuar. El naturalismo, al menos establece sin arbitrariedad las coordenadas de espacio y tiempo y todo se vuelve mensurable. Otra gran aportación es la simplicidad. Kepler ilumina la parte más oscura del siglo de las luces cuando recuerda a los enciclopedistas que “la naturaleza ama la simplicidad”, “*Amat illa unitatem*”. La búsqueda de la simplicidad, como expresión de la unidad del hombre y la naturaleza, fue una idea fija de los humanistas que la recibieron de los astrónomos. Si el firmamento contaba con unas leyes capaces de dotarle de un sistema que aseguraba su supervivencia, la tierra y los mares, también dispondrían de un ordenamiento que regulara su devenir.

Y es Voltaire el que, después de mantener que “el mundo no ha sido creado por Dios, porque es el hombre el que ha creado a Dios, ergo... “el hombre es el dueño de la naturaleza” rectifica sustancialmente esta afirmación al aceptar que “Dios ha puesto a los hombres y a los animales sobre la tierra, y son ellos los que deben pensar en conducirse de la mejor manera posible. En este capítulo 9 del Discurso del

Método en lugar de entonar un canto al libre albedrío, y ya que de la naturaleza hablamos, Voltaire se aproxima a Esopo más que a Platón y compone una fábula no desprovista de silogismo: Si hasta los animales deben pensar en cuidarse de ellos mismos, peor para los corderos que se dejan devorar por el lobo. Pero si un cordero fuera a decirle al lobo: “Tu faltas al bien moral y Dios te castigará”, el lobo le respondería: “yo satisfago mi bien físico y al parecer Dios no se preocupa mucho de que yo te coma o no”.

Esta dialéctica –tantas veces utilizada por los fabulistas– es la que permite a los ilustrados resolver sus contradicciones pero no les resuelve la cuestión que les obsesiona. Si Diderot confiesa su perplejidad “cuando se compara la multitud infinita de los fenómenos de la naturaleza en los límites de nuestro entendimiento y la debilidad de nuestros órganos...” reconoce que todo se le antoja “fragmentos rotos y separados de la gran cadena que une todas las cosas”.

Es decir, esta ruptura solo puede conducir a la destrucción creadora. Y se ha sospechado que en el siglo XX la aceptación de esta fatalidad es la que nos condujo a dos guerras mundiales.

Voltaire se niega a aceptar la fragmentación, destructora o deconstructora, e insiste en que “la naturaleza difunde la unidad, establece por todas partes un pequeño número de principios invariables, de manera que aunque el fondo es en todas partes el mismo, la cultura produce frutos diversos”. Buffon, defensor también de las singularidades en la Naturaleza y del valor de los individuos, advierte que el objeto de la filosofía natural es determinar la serie o la cadena que reúne a los individuos que tienen mayor semejanza entre sí. En su tratado “Epocas de la Naturaleza” descubre que las especies vivientes fueron creadas una a una, a medida que el enfriamiento de la tierra hacía posibles sus condiciones de vida. Se ha dicho que estas ideas fueron las que inspiraron a Diderot sus presentimientos sobre la génesis evolucionista de las especies vivientes. Rousseau, partidario del hombre sin evolucionar, el primitivo, el salvaje, robusto e ininteligente, no unido a sus semejantes, que había vivido inocente y dichoso, que la razón egoísta y calculadora, que la propiedad y la sociedad le habían convertido en un ser infeliz y malvado, –él mismo acepta que los cinco hijos que ha tenido con Teresa, la criada del hotel San Quintín, sean llevados al hospicio– no obstante en dos lugares, tanto en El Contrato Social

como en la Nueva Eloisa, reconoce que “supuesta la necesidad de una vida social el retorno a la naturaleza significará el orden y la disciplina racional del instinto espontáneo. Así pues, concluye “la naturaleza no solo vale como norma sino como criterio de orden y justicia”.

Tres años después de publicar el Contrato y el Emilio tiene la ocasión de comprobar el efecto beneficioso de la Naturaleza en su propia vida. Su retiro con Teresa en una casita de Motiers- Travers le aficiona a dar grandes paseos y a herborizar y cuando en el propio París se dedica a la botánica, su carácter se vuelve dulce y alegre y hasta reconoce a Teresa como esposa. Al final de sus días, cuando publica sus Confesiones, Juan Jacobo es otro hombre; se muestra sensual y espiritual, amante del deber y del placer, generoso y optimista, lleno de ardiente amor a la naturaleza, cuya magnificencia y liberalidad encontró en él al mejor panegirista.

Quizás sea el momento de comentar que, sin tratarse de vidas paralelas, Samaniego que muere a la misma edad que Juan Jacobo y dedicado al culto de la naturaleza, es un admirador de Rousseau desde muy temprana edad. El que será célebre fabulista llega a Burdeos para proseguir sus estudios de Humanidades iniciados en Bayona, en 1763, cuando acaban de publicarse un año antes el Contrato Social y Emilio. Es decir, que el joven Samaniego es uno de los primeros españoles en conocer dos de los libros que imprimirían carácter a la Ilustración.

Samaniego no necesita como Horacio de un Mecenas para disfrutar de unas buenas tierras y de una villa como la que recibió de regalo en Sabina, con 24 estancias tres baños, un gran pórtico y cinco cortijos. Samaniego ya era el rico propietario en que se convirtió Horacio, lo que permitió que se dedicara a su verdadera vena que era la de moralista. Ambos disfrutaron de la vida, aunque, al parecer, Horacio superara a Samaniego en amantes y en opíparos banquetes. Entre odas, sátiras y epístolas discurrieron las existencias de ambos que fallecieron casi a la misma edad, sin cumplir los cincuenta y siete años.

Horacio, como había sido para los renacentistas, para los erasmistas, fue el espejo donde se miraron lo mismo los ilustrados, los neoclasicistas y los primeros románticos.

La aurea mediocritas, la dorada medianía, la soledad, el estudio, la amistad, la buena mesa...pero con frugalidad, emparentaba muy bien

con los modos jansenistas que hicieron fortuna entre la gente de la enciclopedia.

La ilustración se impregna de naturalismo y la ética se civiliza y la moral se despenaliza. El terreno está abonado para que prospere esa simbiosis horaciana de estoicismo y epicureismo. Bien es verdad que se trata de una “religión” confortable: se ama la paz porque la guerra es odiosa; se prefiere la dulzura de la amistad pero sin las obligaciones de la solidaridad; se renuncia a las pasiones por lo que tienen de desorden perturbador; se elogia el campo porque es lugar de disfrute no de trabajo; se desprecia lo superfluo y lo ajeno porque se cuenta con lo necesario para el ensimismamiento y la autoestima.

Sin embargo, en medio de la paz octaviana, Horacio en su villa tiburtina, y tal y como luego él influiría en tantas generaciones de tantos países, recibe el poderoso influjo de Lucrecio y de Séneca y se erige en precursor de la resignación ante el infortunio, la fortaleza ante el dolor, la indulgencia y el perdón ante la injusticia, virtudes todas que no eran ni practicadas ni siquiera conocidas en Roma y que fue necesario que poco después las trajera el cristianismo.

“Beatus ille” y “Otium divos” son dos piezas que contienen toda una filosofía naturalista pero no pagana. Lo horaciano, curiosamente, no prende en la España de la picaresca ni del barroco, porque la sociedad de conversos no mira a la naturaleza. Los ojos de los místicos no son los de Francisco de Asís. Lo judaizante da la espalda a la agricultura y a lo rural porque es urbano, mercantil y entregado febril, y fabrilmente, a las artes y a las ciencias.

Frente al barroco, lo gótico, lo bíblico y lo oriental, el racionalismo y el naturalismo.

Pero, ¿hasta qué punto no fue Grecia si no un antecedente, referente claro del espíritu de la Enciclopedia? Grecia representa un gran interés por la naturaleza y lo humano, la expresión directa del mundo sensible y el individuo racionalista frente a la inquietud religiosa.

Tanto es así que los griegos hacen de cada elemento un “dioscillo”. Por ejemplo, céfiro lo es por su condición de viento agradable. O sea que había un antecedente del naturalismo sacralizado. Hasta el punto de que a quienes adoraban a la Natura (pagus) se les llamó paganos.

Este naturalismo neoplatónico que “divinizaba la naturaleza, este paganismo ideal, fue reprimido durante la cristiana Edad Media – escolástica– que sólo reconoció a Aristóteles que no divinizaba a la naturaleza. La Naturaleza, sagrada, desacralizaba a los sacerdotes. Lo que luego ocurrió en la Ilustración había sucedido en el Renacimiento– donde un Leonardo, un Alberti, un Bruno, los humanistas, los científicos, los investigadores de la naturaleza se erigen en nuevos sacerdotes.

San Francisco de Asís, es también un heterodoxo. Se hace naturalista, canta a la Naturaleza y diviniza al sol, al agua y a los animales. Pero a la Iglesia le alarma sobre todo que se divinice a la naturaleza en su conjunto, tributándole una adoración reservada a la Virgen. Esto ocurre porque la naturaleza comienza a recibir un culto próximo a la hiperdulía de virgen y madre naturaleza.

Lucrecio y Epicuro, y Horacio como su mejor intérprete, no despiertan esas reservas. Dos grandes estudiosos de Horacio, el ortodoxo Menéndez y Pelayo, y el más heterodoxo Francisco Javier de Burgos, traductor de toda la obra horaciana, aprueban toda la filosofía que se desprende del arquetipo dibujado en “De rerum natura”. Bueno será reseñar que el “Beatus Ille” se tradujo al vascuence, por Nemesio Mendizábal, antes que el Quijote cervantino. Y que uno de los libros más leídos a finales del XVIII en España fue el “Tratado sobre la belleza de Esteban de Arteaga, filósofo ecléctico que defiende que es el arte el que imita a la naturaleza, cuestión siempre tan debatida como el sexo de los ángeles.

No será sólo el arte, todo el quehacer humano deberá imitar a la Naturaleza. Detrás de la Ley Agraria de Jovellanos, o de la creación de las nuevas colonias de Sierra Morena, a cargo de Olavide, está la visión idílica, filantrópica y pastoral extraída de la naturaleza con el sueño de una perfecta sociedad agraria.

Las ciudades utópicas de Moro y Campanella, la experiencia de las reducciones jesuíticas del Paraguay, los intentos del marqués de la Ensenada, o el proyecto del Gran Memorial, de 1624, que se propuso remediar la despoblación andaluza con nuevos asentamientos y que se malogró por la peste de 1679, todo confluía para que los ilustrados acometieran el sueño de ensayar otro modelo de ciudad más libre, sin el corsé de la muralla; más natural con una solución arcadiana que consistiera en urbanizar el campo y ruralizar la ciudad.

La autoridad paternalista del despotismo ilustrado hizo su obra predilecta de estas colonias. Lo había sido para Carlos II, con el proyecto del Nuevo Baztán, de Goyeneche; lo fue también para Fernando VI, con Ensenada, y la prueba es que se repite el modelo soñado. Si en el siglo XVII se quisieron traer para repoblar Andalucía a italianos, alemanes y flamencos, “católicos obedientes”, Pablo de Olavide, a pesar de su condición de amigo de Rousseau y de Voltaire y masón como el Conde de Aranda, su protector, reclama colonos católicos de la Renania. Lo cierto es que entre los nuevos pobladores de Sierra Morena abundaron las familias judías que, poco aficionadas al trabajo del campo, marcharon pronto a ciudades más populosas para dedicarse al comercio o a otras actividades menos fatigosas y más lucrativas.

Las ideas fisiocráticas incidían también en estas colonizaciones. Y los socialistas utópicos como Fourier o Saint Simon, ensayaron simultáneamente a Olavide, los célebres falansterios que aspiraban a superar la organización autárquica de las reducciones jesuíticas tratando de producir hasta el vestido con cultivos de lino y algodón, como los que actualmente poseen en sus colonias americanas los menonitas o anabaptistas. En Europa, donde no lograron arraigar ni media docena de colonias “hippies”, la última experiencia importante fue la que emprendió en los años treinta del siglo XX un hermano de Chesterton, el famoso autor. De inspiración profundamente católica pero con ecos de la doctrina del visionario Robert Owen, se frustró el proyecto con el estallido de la segunda guerra mundial.

Hay que recordar que el socialismo de Owen, o el de Fourier o el de Saint Simon, no fue capaz de resistir la irrupción de las teorías de Adam Smith que provocaron deserciones masivas entre los fisiócratas y conversiones espectaculares como la de Humbolt que de ser un perplejo ilustrado se convierte en propagandista del liberalismo económico.

Adam Smith termina con la perplejidad y la paradoja – tan estudiadas por Feijoo-y arrumba a los arbitristas y especuladores que habían sobrevivido en el despotismo ilustrado. La propia naturaleza y su explotación se verá alterada por lo que sucede sobre todo en América, donde el bajo precio de la materia prima agrícola, incluida la carne en Argentina, hacía inviable valorar el trabajo que quedaba depreciado ante el escaso esfuerzo que suponía la producción y crianza de bienes agrícolas y ganaderos.

Es el anuncio de lo que pronto ocurrirá con el maquinismo. El proceso, lógicamente, se inicia con la botánica durante la Ilustración. Paradigma de la ciencia útil, las ideas roussonianas, consideradas heterodoxas no obtienen el favor de nuestros botánicos que son creacionistas. El estudio de la flora lleva a la teología natural, a la “verdad revelada”. La Botánica es la continuación de la concepción cristiana de la creación, según el libro del Génesis, por eso, oh paradoja, había tantos clérigos entre sus practicantes. La relación casi exclusiva con la sanidad, hacía de la botánica una disciplina que igual que la agricultura estaba lejos de la utilidad, la industria y el comercio, de aquí que fuera necesario que la enseñanza, la innovación o la propia reforma agraria tuviera que estar a cargo de las Reales Sociedades Económicas del País.

Su labor como puente entre la enciclopedia que era la cultura y la economía que era el progreso, se tradujo en insospechados resultados. Por ejemplo que don Ramón de la Cruz, en las primeras obras que dedica a restaurar la zarzuela, aborda temas tan insólitos entonces como “Las segadores de Vallecas” y “Los labradores de Murcia” e introduce el naturalismo en el teatro que proseguirá en la zarzuela hasta el sigloXX en tantos argumentos como “La alegría de la Huerta” o “La rosa del azafrán”,

El Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos, unido a la aparición de las colonias de Olavide, la roturación de baldíos, los nuevos cultivos de patata, arroz y maíz, los regadíos merced a los nuevos canales, aceleran el proceso del Plan de Caminos que va contribuir también a que el Naturalismo adquiere un papel protagonista en los años finales del XVIII.

El Plan de Caminos de Sarmiento no renuncia a la metáfora y, si no entonces, más tarde triunfará con nuestras carreteras nacionales radiales, pero se crea fiel a esa imagen geométrica perfecta de la tela de araña con un sistema de radios y polígonos regulares inscritos de acuerdo con el sumo método, tan naturalista, de simetría y correspondencia perfectas.

No hay ilustrado que no se interese por la transformación de la naturaleza que le rodea, con el uso del procedimiento más rápido y eficaz al aunar la técnica y la imaginación creadora. Trazar un camino

o rectificar el existente es una labor humanista que encaja perfectamente en la política ilustrada. Samaniego, alcalde que fue de Tolosa, y muñidor de los intereses de Alava en Madrid, a pesar de su retiro en su casa de Laguardia, cree favorecer sus intereses de gran terrateniente riojano y tercia en el proyecto de la carretera que ha aprobado Aranda para unir Vitoria con el Ebro. Pero de nada sirven ni sus influencias en la Corte ni las fiestas que da en su finca de La Escabosa para convencer a Olaguibel de que la carretera que el arquitecto ha previsto remonte el puerto de la Herrera, vaya por la falda de la sierra de Cantabria.

Samaniego va a morir apenas terminado el siglo XVIII sin conseguir su capricho pero muy satisfecho de lo que ha logrado en veinticinco años: que, aunque la Inquisición le ha procesado por la tenencia de libros prohibidos, en las escuelas y junto a las cuatro reglas y las cuatro oraciones, los niños aprenden de memoria sus fábulas morales.

Entre todas sus fábulas, algunas tan mejoradas desde Fedro y Esopo a La Fontaine, como “La Cigarra y la Hormiga” y “La Lechera”, que son insuperables, hay sin embargo dos que no son tales fábulas sino una dedicatoria y una laudatio, que son resumen y corolario de toda la doctrina que inspiró el Seminario de Vergara, su espíritu como director del centro y, en el fondo, toda la filosofía de la Ilustración española, recogida y entregada como un legado a los jóvenes por quien había creado y patrocinaba el Seminario Patriótico Vascongada que no era otra que la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

La dedicatoria (a los caballeros alumnos) deja claro el naturalismo que rige en el centro de enseñanza y la permanente lección que se obtiene del campo y de quienes lo trabajan.

Les dice: “Aunque el camino sea ya difícil, ya largo, lo allana y facilita el tiempo y el trabajo. Rompiendo el duro suelo con la esteva agobiado, el labrador sus bueyes guía con paso tardo; mas al fin llega a verse, en medio del verano, de doradas como Ceres rodeado. A mayores tareas, a más graves cuidados, es mayor y más dulce el premio y el descanso. Tras penosas fatigas de labradora mano, ¡con qué gusto recoge los racimos de Baco! ¡Ea, jóvenes, ea; seguid, seguid marchando al templo de Minerva a recibir el lauro!”

La loa a las labores campesinas, conviven con el laicismo neoclásico. Y todo es laicismo ilustrado pero con el aire neoclásico que siempre acompañó a don Félix.

En la laudatio a su tío y protector Javier de Munive, Conde de Peñaflores, Director Perpetuo de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, Samaniego hace un compendio de las virtudes del culto aristócrata, pero para dignificarle recuerda su relación con la agricultura: “Tú, Conde, con la pluma y el arado, ya enriqueces la patria, ya la instruyes; y haciendo venturosos, has ganado el bien que buscas y el laurel que huyes con darte todo el bien de los humanos”.

No puede faltar la parábola, con las protagonistas más celebradas de toda la fauna fabulística: la hormiga y la abeja. Samaniego le dice al Conde: “la hormiga codiciosa trabaja en sociedad fructuosamente, y la abeja oficiosa labra siempre ayudada de su gente. Así unes a los hombres laboriosos, por hacer los trabajos más fructuosos”.

Y ahora, en un inventario prodigioso, el fabulista describe el perfil de un ilustrado a través de sus afanes y quehaceres: “Aquel viaja observando por las naciones cultas, cual cultiva los campos, cuál las ciencias y de diversos modos, juntando estudios, viajes y experiencias resulta el bien en que trabajan todos”.

En pocas palabras ha resumido Samaniego la actividad del ilustrado. En cuanto a la docencia, con menos palabras aún se explica el lema del Seminario ilustrado: “instruir deleitando”. Samaniego lo había aprendido de la fabula y de los fabulistas que le habían precedido. Y para lograrlo don Félix tenía recursos sobrados. Como Horacio, practicó la oda, la égloga y la poesía festiva. En ambas aventaja a los Moratines. En la moralizante a Nicolás y en la erótica a Leandro. En la fábula moral, ilustrada, fábula de ideas y en la fábula con moraleja. En “El Jardín de Venus”, escándalo para la clase a la que pertenecía, Samaniego es libertino, pero no impío ni anticlerical como se ha dicho. En su capilla del palacio y en la iglesia pegada al palacio rezaba sus preces y tenía preparada hasta su última morada.

La fábula en la Ilustración, tanto la de Iriarte como la de Samaniego se hace más burlesca, pero siempre al servicio de la Razón, la virtud y la filosofía que serían las tres diosas de la Ilustración.

La burla en la épica o lo joco-serio, como se llamó entonces, ha acompañado siempre al escepticismo y a la decadencia. Se ha convenido que pertenece al planteamiento judío de la existencia, con ejemplos que van desde Fernando de Rojas a Billy Wilder, o a Woody Allen, por citar ejemplos de nuestro tiempo. En el caso de Samaniego no era poca la sangre hebrea que corría por sus venas, procedente de los Manso de Torrecilla de Cameros.

Pero la burla era tradicional en la misma Grecia. Allí existió la burla a los dioses transformándoles en ranas, en la *Batracomiomaquia*, atribuida a Homero, pero de inspiración oriental, como muchas fábulas de Esopo.

En el medioevo surge el zorro. El “renard” es el representante de la nueva burguesía y se ironiza sobre los héroes. A esta época burlesca pertenecería desde la figura del Quijote a la “Gatomaquia” de Lope, la “Burromaquia”, de Álvarez de Toledo o la “Perromaquia”, de Pisón y Vargas. Pero ¿cuál es el cambio que se produce en este zoológico al llegar la Ilustración? Que el naturalismo les hace a los animales filósofos y las burlas se convierten en ideas.

Por supuesto el animal filósofo por excelencia es el zorro, el animal más utilizado por Samaniego. Es el más filósofo y razonador, representa la astucia y debe engañar al león, a la gallina, al gallo, al lobo, al asno, al cuervo, al jabalí, al perro, a la mujer, a las uvas y es capaz hasta de juzgar una obra de arte, un busto. Al afirmar que es “una cabeza hermosa pero sin seso” es la exaltación de la Razón humana, del seso, que en el siglo XVIII y en la ilustración, es la suprema hermosura del hombre.

Junto al zorro ya hemos reconocido que abejas y hormigas son personajes muy reconocidos en las fábulas y fuera de las fábulas. Sin salir de España, ya en 1615 había hecho fortuna “La Mosquea”, “La derrota de las moscas y la victoria de las hormigas”, un poema escrito por José de Villaviciosa, donde aparecen todos los chupadores de san gre de la Creación: tábanos, pulgas, piojos, arañas, chinches... en un canto a la naturaleza, donde, suprema ley del Naturalismo: todos y cada uno desempeñamos en la naturaleza un papel.

Fray Luis de Granada, en el siglo XIV, ya había hecho este examen en “Razones naturales de la existencia de Dios” cuando escribe de las habilidades que el Criador ha dado a los animales para buscar su sustento

y para curar sus enfermedades. Y se refiere a la habilidad de las hormigas, a la república de las abejas, la sutileza de las arañas o la destreza de los gusanos para criar la seda que luego es ornamento del mundo.

Feijoo, sin ser ilustrado, y sin anteponer la razón a la fe, observó la naturaleza, para estudiar el orden o las paradojas y para desautorizar supersticiones, milagros y creencias falsas, y concluyó diciendo que “la demostración ha de buscarse en la naturaleza”. Gregorio Marañón mostró siempre su admiración sobre la originalidad y la precisión de Feijoo en sus observaciones acerca de las ciencias biológicas y la medicina.

El benedictino, que leyó a Vives y Descartes, no alcanza la Enciclopedia, que empieza a publicarse en 1751, cuando Feijoo tenía 75 años. Pero le da tiempo para atacar a sin duelo a Voltaire y a Rousseau.

Feijoo hubiera reprochado al Naturalismo ilustrado que Horacio en España debe pasar por Fray Luis de León y que ellos no lo hicieron así. El “Beatus ille” cobra en “vida serena” nuestro propio acento.” La “descansada vida del que huye del mundanal ruido”, responde al ansia de soledad-que no se da en nuestros Ilustrados-, invita a la comunión con la naturaleza, a la huida de la realidad para la contemplación del orden natural; al anhelo de paz y a la elevación hasta sentir la armonía del universo con la armonía divina.

En el naturalismo ilustrado falta el platonismo que sería el resultado de la integración de Horacio (separación del mundo) y Virgilio (percepción de la belleza natural), fecundado por la paz religiosa. Esto no se da en la imago mundi, en la cosmovisión si no atea, laica de la Ilustración. El erasmismo, ya olvidado, era el que hubiese permitido el naturalismo panteísta que se dio, por ejemplo, en Góngora. La novela pastoril no fue naturalista. Era otra cosa. Bucolista, italianizante. Más de Petrarca que de Virgilio; más de Boccaccio que de Horacio. Ni Cervantes en “La galatea”, ni Lope en “la Arcadia” se interesan por el naturalismo. La mujer era la naturaleza y acaparaba todas las miradas. Como en “La Gitanilla”, la que “los niños iban a verla y los hombres a mirarla”. Ella era “la naturaleza”, “el paisaje”, objeto de toda la atención.

En nuestra lírica hay elegías, como la de Jorge Manrique (“Nuestras vidas son los ríos) o églogas, como aquella de Garcilaso (“Si fuese

capaz de dominar la naturaleza con su lira...”) que sin pretensiones naturalistas, imitan a la naturaleza y logran el paso de la “sofosine” griega a la “serenitas” latina, alcanzando así lo sublime.

La ilustración acepta la huida del mundanal ruido sólo para estudiar la naturaleza o para dedicarse a una investigación científica.

La aurea mediocritas, y lo de “un ángulo me basta entre mis lares, un libro y un amigo, un sueño breve, que no perturben deudas y pesares” asusta a los ilustrados, porque esta “vida feliz en la medianía” podía conducir al burguesismo antiheroico como había ocurrido en Francia con el poema “Avoir una maison...”, de Plantin.

Cadalso y Meléndez Valdés a caballo entre la ilustración y el romanticismo, escogen esta senda que no gusta al racionalismo y que llega hasta nuestros días... Son los ecos de la “Epístola a Fabio” que prefiere “el pobre nido de plumas y sus quejas antes que el metal de las doradas rejas”.

Poco difiere esta elección de la de Gil de Biedma en “De vida beata”, escrito a finales del siglo XX: “En un país ineficiente, algo así como España entre dos guerras civiles, en un pueblo junto al mar poseer una casa y poca hacienda y memoria ninguna. No leer, no sufrir, no escribir, no pagar cuentas y vivir como un noble arruinado entre las ruinas de mi inteligencia”. Es un poema más romántico que horaciano y, carente de vir, virtud, fuerza, hombría, hubiera sido rechazado por Peñaflores, Samaniego, los profesores de Vergara y los “caballeritos de Azkoitia”.

No lo hubieran encontrado “razonable” que era como tenía que ser todo en la Ilustración. Igual que luego todo hubo de ser “respetable” y ahora ni razonable ni respetable, sostenible.

Pero ya el naturalismo es ecología, Y con el cambio climático todos los animales que hablan en las fábulas de Samaniego están en peligro de extinción. Para José Luis Pinillos la modernidad se define por la aparición de la sociedad de masas y de una cultura totalmente refractaria a los ideales de la Ilustración.

No hay nada que hablar después de que Einstein, a pesar de que creyera que Dios no juega a los dados, afirmara que el determi-

nismo ya ha sido desmentido por el principio de indeterminación de Heisemberg y que, gracias a Freud, el siglo XX no tuvo más remedio que aceptar que la mente humana alberga un elemento de irracionalidad.

Ha caído el muro de Berlín y el comunismo ha desaparecido sin cumplir cien años, Y Marx en el cementerio de High Gate de Londres... con esos pelos.

Por eso, ya que hemos perdido la razón, conservemos al menos la cabeza.

Azkoitia, 16 de noviembre de 2007